

La situación del mundo: datos e interpretaciones

La guerra del golfo Pérsico comenzó en un mundo que ya estaba en crisis y sólo ha contribuido a dar a esta crisis unos trazos más sombríos, a la vez que iluminaba algunas de sus dimensiones inéditas. La crisis del mundo, en la década final del siglo, no comienza con la guerra del Golfo, ni con la injusta ocupación de Kuwait. Estos sucesos son, más bien, expresiones de una serie de contradicciones y conflictos que se articulan a lo largo de dos ejes: pobreza-riqueza y tranquilidad-violencia. La paz no se encuentra en ninguno de los polos, porque sólo existe muy parcialmente en el mundo. La violencia, en cambio, está muy extendida. Según el último informe de Amnistía Internacional, "dos de cada tres habitantes de la tierra son gobernados por autoridades que torturan y matan a sus ciudadanos" (*El País*, 28 de mayo de 1991, p. 12).

Con referencia a la Figura 1, tenemos en el eje horizontal el binomio pobreza-riqueza, y en el eje vertical el binomio tranquilidad-violencia. La intersección de estos ejes define cuatro cuadrantes, que nos sirven para encuadrar a los países del mundo, de una manera que nos haga comprender la problemática *global* de hoy.

Cuadrante I. Los países ricos y tranquilos. Son básicamente los veintitantos de la OCDE. Los países ricos, los que producen el 65 por ciento de la riqueza mundial, los que comercian el 75 por ciento del comercio de bienes y servicios de la comunidad internacional. Los dueños de las empresas multinacionales, los fabricantes de armas y los

Figura 1



que mantienen los ejércitos más formidables del mundo. Los países con democracias consolidadas, donde nadie se mueve, donde normalmente se vota a los poderes constituidos y donde los medios de comunicación mantienen contentas a las masas con concursos televisivos (que aúnan las dimensiones del *panem et circenses*) y con sus desnudos de cuerpos jóvenes. Es verdad que existen en ellos formas de violencia marginales: terrorismo, agitación de emigrantes, criminalidad y drogodependencia, racismo, etc. A veces pueden poner en jaque a la sociedad (por ejemplo, los disturbios de Mount Pleasant, en Washington) por algunos días. Estas formas de violencia no amenazan el nivel de vida de la mayoría de los ciudadanos, ni el orden establecido como tal: amenazan quizá a personas y propiedades concretas, pero no al sistema, por lo menos por ahora. Son ricos y tranquilos, no están en paz, sin embargo, porque la suya no es la "tranquilidad en el orden" que requiere la definición de la paz. Su vida se desenvuelve en un ambiente de "desorden creador", de competencia impulsiva del adelanto. Sus gentes

viven con la espada sobre sus cabezas de la finitud de los disfrutes materiales.

Cuadrante II. Países ricos y violentos. Pone-mos aquí a todos los países de la Europa del este, algunos países nuevamente industrializados (Corea, Tailandia, Indonesia, México, Brasil, etc.) y países de desarrollo intermedio (Venezuela, Colombia, Argentina, Chile, etc.). La violencia se entiende en la mayoría de los casos como "falta de tranquilidad" o bien poque la sociedad es extremadamente inigualitaria, como Brasil, México, Colombia, o porque hay fuertes protestas sociales como en Corea y la Unión Soviética, o porque existen en ellas movimientos armados o armados simplemente (los militares, por ejemplo), que todavía son muy capaces de desestabilizar los niveles democráticos y económicos logrados. Aquí pondríamos el Irán a pesar de su fanatismo amenazador.

Son países intermedios, a medias entre el desarrollo y el subdesarrollo, entre la democracia, la dictadura y el caos, en algunos casos. En ellos, la dimensión económica está muy rebajada en importancia por la falta de estabilidad política y de consenso social. Son, por otra parte, países en transición, algunos con grandes esperanzas, otros en grandes ocasos y otros enfrentando el caos. Merecen mucha atención de la opinión pública y con razón, porque su lucha y sus esfuerzos galvanizan e interesan a los espectadores del primer cuadrante. Sudáfrica es un cliente muy especial de esta compañía. Líbano, Irak, Israel, todos por diversas razones, pero también se sitúan en este cuadrante. Es cuestión de tenerlos muy presentes por su potencial desestabilizador de todos los cuadrantes, como veremos luego.

Cuadrante III. Países pobres y tranquilos. Son realmente una minoría de países pobres y con una cierta estabilidad política, procesos económicos autogestionados sin muchas pretensiones, aunque no se libran de los problemas étnicos y de las minorías. Aquí estarían algunas ex colonias inglesas de África y El Caribe, Costa Rica, Ecuador, Panamá, etc. De éstos hay poco que decir, sino desearles suerte para que no se contagien por las luchas de sus vecinos y no rompan los tenues equilibrios que todavía mantienen una apariencia de paz y

democracia en sus pueblos.

Cuadrante IV. Los países pobres y violentos.

Desgraciadamente en ellos viven la mayoría de los habitantes de la tierra. Inmersos en pobreza extrema, guerras civiles de religión o de etnias, enfrascados en reivindicaciones territoriales, dominados por super-élites poderosas, plagados frecuentemente por los desfavores de la madre naturaleza, son los 3,000 millones de "condenados de la tierra". China, India, Bangladesh, Afganistán, Vietnam, Pakistán, Bolivia, Perú, Centroamérica, Etiopía, Mozambique, Burkina Faso, etc.

Obviamente, la clasificación de todos los países del mundo dentro de estos cuatro cuadrantes tiene un gran margen de arbitrariedad y es una simplificación que se hace para organizar la exposición de un conjunto de problemas que serían difíciles de tratar en gran detalle. Dentro de los cuadrantes también hay diferencias, según se acerquen más o menos a las variables polares. Estados Unidos, por ejemplo, estará más alejado del polo tranquilidad que Suiza. El gráfico es un método expositivo, basado en una observación "vulgar".

El *Informe sobre el desarrollo*, que anualmente publica el Banco Mundial, versa, en su edición de 1990, sobre la pobreza en el mundo. De él he sacado el cuadro siguiente.

El informe define como pobre a la persona con un poder de compra efectivo o imputado (si se trata de niños pequeños o ancianos) de 370 dólares al año. Pero por *extremadamente pobre* el Banco Mundial considera a las personas con un poder de compra de 275 dólares al año. Por debajo de esa cifra ya no hay pobres, las personas probablemente se mueren. Hay que tener en cuenta que esta definición de pobreza es relativa al medio económico de los países más subdesarrollados, que tienen un ingreso per cápita promedio de 500 o 600 dólares al año. En Estados Unidos, por ejemplo, la *poverty line* en 1987 estaba definida, para una familia de cuatro miembros, en un ingreso de 11,611 dólares anuales (Este dato y los siguientes están tomado de U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census, *Statistical Abstract of the United States, 1989*, Washington, 1989, p. 452). Eso suponía 2,902 dólares por cabeza (nueve

Cuadro I
Las dimensiones de la pobreza en el mundo
(En millones)

Zona	Pobres	Pobres extremos	A	B	C
1. Africa Subsahariana	180	120	196	50	56
2. Asia del Este (China)	280 (210)	120 (80)	96 (58)	67 (69)	96 (93)
3. Asia del Sur (India)	520 (420)	300 (250)	172 (199)	56 (57)	74 (81)
4. Europa del Este	6	3	23	71	90
5. Medio Oriente y Norte de Africa	60	40	148	61	75
6. América Latina y El Caribe	70	50	75	66	92
Total	1.116	633	121	62	83

A = Mortalidad de niños menores de cinco años por mil nacidos.

B = Esperanza de vida.

C = Porcentaje de niños en edad escolar en la escuela primaria.

Fuente: Banco Mundial, *Informe del desarrollo mundial 1990*. Washington, 1990, p. 33.

veces más que los pobres del tercer mundo). A pesar de todo, es un dato interesante que 32.5 millones de norteamericanos, 13.5 por ciento de la población total (y 33 por ciento de la población negra y 28 por ciento de la "hispanica") viven en pobreza, según la definición del *Bureau of the Census*. Lo que muestra, de paso, lo que da de sí el triunfante sistema capitalista.

Las estimaciones del Banco Mundial dan, pues, la cifra de 1,116 millones de personas que son pobres para los niveles de vida del tercer mundo y miserables para los niveles de vida de los países del primer cuadrante. Desde la perspectiva de los niveles de vida que son normales en Europa occidental podríamos decir, en cambio, que 1.116 millones de personas son pobres de solemnidad, que otros 2,000 millones de personas son pobres, y sólo algo más de la cuarta parte de la humanidad disfruta de niveles de vida que van de decentes a buenos. De ellos, sólo 750 millones están en el primer cuadrante.

El ingreso per cápita promedio de los países de la OCDE es *cincuenta veces mayor* que el promedio de los 1,116 millones de pobres del tercer mundo. Es como si una vida en el primer cuadrante equivaliera a cincuenta vidas del que está en el mundo de la extrema pobreza, del que se ocupa el estudio del Banco Mundial. Un niño que nace en Bangladesh o Haití tiene, por el mero hecho de haber nacido en esos países, *veinticinco años menos de esperanza de vida*, y una probabilidad de 1 a 8 de morir antes de cumplir los cinco años.

El enorme contraste entre los países del primero y del cuarto cuadrante es el dato fundamental para comenzar el análisis de la situación socioeconómica —y, en consecuencia, política— de la humanidad en su conjunto. Este contraste revela la gran tensión entre las posibilidades y los logros de los seres humanos; mide también el grado de frustración de los que no tienen lo suficiente y pone sordina a los discursos optimistas sobre el progreso solidario de la raza humana.

Estos contrastes, tensiones, frustraciones y pesimismo condicionan las relaciones internacionales y la convivencia en el mismo planeta.

Lo que preocupa de la pobreza actual, que existe junto a una riqueza tan ostentosa, es que ambas se conocen como nunca antes se habían conocido. Nosotros vemos en la pantalla de la televisión a la hora de la comida y de la cena los rostros de los muertos de hambre en Etiopía, Bolivia, Bangladesh, y no podemos alegrar, para defendernos de la falta de solidaridad, la ignorancia inculcable. Curiosamente, esta visión casi constante de las desgracias de los demás nos está haciendo insensibles a la desgracia en general, porque se apodera de nosotros (¡quizá en legítima defensa!) una sensación de impotencia, de fatalismo y desánimo que nos lleva de inmediato a cambiar el canal para ver la "Vuelta a España", como si con el mando de la televisión pudiéramos cambiar la realidad del mundo. ¡Lo peor es que nos puede llevar a una irresponsabilidad social ante tanta miseria!

También percibimos la miseria incontinente del tercer mundo como una amenaza. Una amenaza que no proviene de la posibilidad de que estos países pobres se hagan comunistas y se integren en el ámbito político y militar de la Unión Soviética, como podía suceder durante la guerra fría. El peligro de las revoluciones socialistas, como la de Cuba, Mozambique, Nicaragua, etcétera, ya no nos asusta. La amenaza del tercer mundo tampoco es ahora como se consideró en su día a la de la OPEP, es decir, la posibilidad de que se formara un cartel de productores de materias primas que nos subieran los precios de nuestro postre (café, té, azúcar, frutas exóticas, etc.) y alguna materia prima estratégica. Ni es la amenaza del terrorismo, que en condiciones normales mucho no puede hacer, aunque no hay que despreciar los daños a las compañías aéreas y a la industria aeronáutica que el miedo a un posible atentado a un avión han causado durante la guerra del Golfo. Con todo, no creo que el miedo a un terrorismo reivindicativo sistemático del tercer mundo en el primero sea una realidad extendida en los países más ricos.

La amenaza a que me refiero es la de la emigración. Porque nos damos cuenta, al ver cómo están y cómo estamos, del enorme poder de atrac-

ción que la vida en Europa, en el primer cuadrante en general, debe tener sobre los que viven, quizá no tan lejos de nosotros. Sobre todo, porque los pobres saben cómo vivimos, porque ellos ven nuestras televisiones o nuestras producciones cinematográficas y televisivas, que hacen ostentación de nuestros lujos, de nuestros exorbitantes gastos, de la variedad y colorido de nuestro consumo y del nivel de nuestros ingresos. La emigración es el nuevo fantasma que recorre Europa y todo el mundo desarrollado. Los *boat-people* que salieron de Vietnam rumbo a donde fuera, los haitianos que tratan de desembarcar en Miami para acabar, demasiados, como alimento para tiburones, los magrebíes que cruzan el estrecho clandestinamente y acaban a veces malamente en las playas de El Andalus. Esas son las gentes por las que el primer mundo se siente ahora amenazado, porque implica más gente, y gente prolfica, con sus colores diversos, sus usos y costumbres incomprensibles, sus problemas sociales y el hacer saber que hay un enorme ejército laboral de reserva que espera en sus países de origen a que se abra el camino de las hormigas, el camino que uno a uno y poco a poco ha servido de cauce a las corrientes migratorias que ha habido en los tiempos modernos.

Tomemos un ejemplo para tratar de cuantificar el fenómeno. En la década de los ochenta, Estados Unidos, un país tradicionalmente receptor de inmigración, recibía unos cinco millones de inmigrantes legales (ilegales puede que haya otros tantos), provenientes de casi todos los rincones del mundo (*Statistical Abstract of the United States, 1989*, pp. 10 y 11). Sobre 246 millones de habitantes del país, el número de inmigrantes representa un 2 por ciento de la población. Aplicando esta misma proporción a la comunidad europea, se podría definir un cupo de emigrantes por década de seis millones de personas, seiscientos mil al año. Esta es una cantidad ridícula (el 0.1 por ciento), si se compara con los 600 millones de habitantes que tienen los países, emigrantes potenciales, que rodean a Europa por el sur y por el este.

No se puede negar que la emigración, si es significativa, suele traer problemas. El empleo, para comenzar, sufre el primer impacto, en la



medida en que la desvergonzada explotación de los emigrantes genera una competencia desleal en el mercado de trabajo local, que es de mayores consecuencias cuanto mayor desempleo hay. Luego vienen de abajo arriba los feos problemas de la discriminación racial, que hasta ahora sólo hemos condenado en otros. En fin, que la emigración va a ser el gran quebradero de cabeza de los países ricos y tranquilos en el futuro más próximo. Para muestra, un gran botón. La comunidad europea está muy preocupada por ello. El tema ha ocupado y ocupará muchas horas de los ministros del Grupo de Trevi y España, como cara de la comunidad hacia el Magreb, tendrá que poner una cara dura y practicar una política de emigración que ni nos es propia, ni está de acuerdo con nuestras tradiciones ni nuestras posibilidades.

Otro temor de los países ricos es que la violencia que genera y crece en el caldo de cultivo de la pobreza los salpique. De nuevo, no es el temor a la guerra revolucionaria de alcance internacional, sino el miedo a que el recurso a la fuerza para resolver problemas internos al tercer mundo, las disputas étnicas, las reclamaciones territoriales, la represión interna, u otro tipo de episodios violentos, amenacen los intereses de los países ricos (el petróleo, por ejemplo, o las vías de comunicación internacional, etc.) o acelere los procesos masivos de expulsión-emigración (como la huida de los kurdos a Turquía) y en general aumente la desestabilización de regiones de significación económica o geo-estratégica del tercer mundo.

Por cierto, que a esta "violentación" de los países del tercer mundo han contribuido mucho los negocios de armamento que el primer mundo ha hecho con ellos. En 1987, los gastos totales de defensa, es decir, en ejércitos y armamentos, sumaban 983.900 millones de dólares (Banco Mundial, *Informe del desarrollo en el mundo, 1990*, Washington, 1990, p. 19), lo que representa tres veces el producto interno bruto de España. Esos gastos se repartían así:

Cuadro 2
Gastos en defensa (1987)

	OTAN	Pacto Varsovia	PVD
Total de gastos en millones de dólares	446.600	364.500	172.800
Proporción del presupuesto nacional	15.6	36.5	19.2
Porcentaje del PIB	4.9	12.8	5.1

Fuente: Banco Mundial, *Informe del desarrollo en el mundo, 1990*. Washington, 1990, p. 19.

Es de esperar que los países ricos del primero y segundo cuadrante, una vez que reduzcan sus gastos en armamentos como resultado del fin de la guerra fría, dediquen esos fondos para el desarrollo de los otros dos cuadrantes. Es lo que se ha llamado el *dividendo de la paz*, que todavía no se acaba de materializar. Y también sería bueno que los mismos países de estos cuadrantes dejen de gastar en armas las sumas tan enormes que están gastando.

Cuadro 3
Importaciones de armas de algunos países desarrollados (1987)
(En millones de dólares)

Irak	5.600	Irán	1.500
India	3.200	Turquía	930
Vietnam	1.900	Argelia	700
Angola	1.600	Perú	430
Siria	1.900	Thailandia	350
Afganistán	1.300	Kampuchea	350
Etiopía	1.000	R. A. Yemen	390
Egipto	1.500	Tanzania	110

N.B. Estas cifras tienen que ser interpretadas. Los países socialistas contabilizan como importaciones armas pagadas y no pagadas y los países aliados de Estados Unidos reciben armas que tampoco pagan y no están contabilizadas como importaciones.
Fuente: *Anuario internacional CIDOB, 1990*, Barcelona, 1990, pp. 444-445.

Ante la posibilidad de que la violencia del cuarto cuadrante salpique la prosperidad y tranquilidad del primer cuadrante se ha formado un consenso de que es necesario un sistema de policía internacional para mantener tranquilo, aunque sea por la fuerza, al mundo pobre e intranquilo. Esa es la lección principal de la guerra del Golfo. En una guerra entre países del hemisferio de la violencia, Irak por su armamento y Kuwait por su represión, que pone en peligro los suministros mundiales y la estabilidad del mercado del petróleo, en que además un país semidesarrollado se atreve a hacer frente —es decir, no se rinde sin combatir— al poderío militar más importante de la tierra, sería un terrible precedente, desde el punto de vista de los países del primer cuadrante, si no se hiciera algo definitivo para dejar en claro las nuevas reglas del juego internacional. La regla número uno de eso que el presidente Bush ha llamado nuevo orden internacional sería que un mundo, que ha visto desaparecer la amenaza de un enemigo que podía destruirlo de raíz, aunque pereciendo también en el intento, no podía dejarse amenazar por enemigos menores, ni por las guerras lejanas de países de segundo orden. Se justifica así la guerra grande para poner fin a la guerra pequeña, la guerra de los ricos para impedir las guerras de los pobres. Es, lógicamente, una doctrina moral inaceptable, porque en el fondo permite el mal mayor —la guerra en gran escala— para evitar el mal menor.

Cualquier intento de comenzar a ordenar el mundo tiene que pasar por reducir, en la medida de lo posible, el contraste fundamental que condiciona las relaciones internacionales. La eliminación de la pobreza en el mundo es un propósito que llevará mucho tiempo, pero algo se puede hacer. De hecho, algo se va haciendo. La pobreza en países acumuladores de pobreza como China e India se va reduciendo. Según las proyecciones del Banco Mundial, que se contienen en el informe citado, el número de pobres en Asia del Sur (India) se reducirá en el año 2000 a 350 millones de personas (170 millones menos) y en Asia del Este (China) de 280 a 70 millones. En Africa Subsahariana, lamentablemente, las proyecciones indican

un aumento de la pobreza hasta 260 millones de personas. La razón es que la producción de alimentos en los países del Sudeste Asiático se ha incrementado enormemente, y, por lo menos, el problema del hambre se va reduciendo de proporciones. Lo mismo sucede con la educación de los niños, que también ha mejorado mucho, así como ciertas condiciones sanitarias, y se ha incrementado el control de la natalidad. No hay duda de que los pobres de otros tiempos eran más miserables y sus condiciones más desesperadas, aunque tampoco se podían comparar con tanta riqueza y en todo caso no sabían cómo vivía la otra parte.

La ayuda económica al desarrollo podría aumentarse sustancialmente y organizarse de modo que llegue efectivamente a los destinatarios que más la necesitan. Y sobre todo, la actividad económica general, o sea, el comercio y la inversión internacional, que hoy está montada para beneficiar de una manera egoísta y desproporcionada a los países industrializados, tendría que montarse con más equidad y más racionalidad. Desgraciadamente, todavía hace falta mucha educación y mucha motivación para que los gobernantes de los países ricos den una prioridad mayor a los intereses de ciudadanos de otros países, que ni votan por ellos ni les pueden hacer perder el poder.

Esta lucha desigual contra la desigualdad tan exagerada en las suertes materiales de los seres humanos tiene que ser un componente de la utopía cristiana actual. Una utopía que supone la muerte de los intereses económicos nacionales y locales para que resuciten y florezcan en un mundo no menos próspero, pero sí más justo y pacífico, en un mundo, en una palabra donde podamos disfrutar de los bienes materiales de que dispongamos sin complejos ni miedos y con la conciencia de que se está cumpliendo, de forma aproximada por lo menos, el plan de la creación en cuanto al destino universal de los bienes materiales de la tierra y los que pueden crear el talento y el trabajo humano.

Luis de Sebastián